

Reconciliar

Por E. Armstrong

Los conflictos tienden a presentarse por las causas mas diversas, y se mantienen con una facilidad mayor a la voluntad de solucionarlos. Es necesario profundizar en este hecho tan lamentable antes de hablar de conciliación: todo conflicto nace de apreciar y sostener visiones diferentes ante un mismo hecho o acontecimiento; estableciendo posiciones y convicciones donde la jerarquía de valor se acepta priorizando las percepciones primarias como las pasiones, emociones, sentimientos y prejuicios, por sobre los fundamentos o la razón. En esta situación en que las partes en conflicto se sienten ambas atropelladas como vulnerables, ponerse en el lugar del otro nos parece tanto una locura como innecesario. Así se crean las abundantes situaciones que a diario vemos en nuestras sociedades, donde las palabras sobran y citar los hechos causales parecen nunca ayudar a solucionar las diferencias; ocurre de este modo ya que estos esfuerzos difícilmente reducirán los efectos de la química de las emociones y pasiones desatadas.

Por lo tanto, reconciliar con fundamentos o razonamientos no necesariamente reconoce a los sentimientos ni las emociones de los afectados, por ello es poco probable que el éxito y, menos aún, que sea duradero. Cuando nos sentimos vulnerados, pensamos que las palabras sobran y ante la obligación moral como el derecho de causar, al menos, un sentimiento similar a quien no está en mi posición. El quiebre es un distanciamiento de fuerzas y de la que une. En el libro *Los Pilares de la Felicidad* y en el cuento infantil *El aprendiz de ángel*, abordamos este común aspecto tan crítico que ante expresiones de los sentimientos que invitan las convicciones inversas, en los cuales, ante la misma realidad lo que para uno está bien, para otro mal; lo que para uno es un derecho, para otro atropello: lo que para una es verdad para otra mentira; lo que salva a uno es la condena del otro; y la lista parece no tener fin. Todo conflicto implícitamente lleva una carga de resentimiento y de violencia, si no abiertamente, potencial.

Reconciliar es el acto de reparar, restablecer o reunir lo que fue distanciado, separado o friccionado, ante los daños causados al haber cometido un abuso. Sin embargo, ¿puede haber reparación donde no encontramos reconocimiento a la verdad completa o un respeto sincero por quienes se sienten afectados? Y, ¿la verdad completa es realmente una garantía? Porque, en ocasiones, la valiosa verdad puede causar o también ser fuente de nuevos e inesperados conflictos o reacciones ajenas a lo buscado. Involucrarse en hechos que luego despreciamos difícilmente son un aporte a nuestro bienestar final, y causamos la pérdida de confianzas que hacen todo más complejo, por lo cual la prudencia señala que en los procesos de restauración, si es posible, es oportuno contar con ayuda profesional y/o consejos valiosos.

La vida ciertamente es simple, pero por lo mismo, no tanto. No somos buenos observadores de las vidas ajenas ni de la propia. Tenemos demasiado y no solo no lo apreciamos, tampoco nos ocupamos de querer aprender acerca del costo de los efectos que podemos causar con lo que hacemos o lo que dejamos de hacer. El abuso, entendido aquí como el excesivo o desproporcionado uso del poder personal para forzar una situación, parece inherente a nuestra naturaleza, pero no es así y le es tan ajeno como opuesto a ella. Prueba de lo cual, es que ocurre ante dos causales recurrentes donde la mas común es la indiferencia por lo que le ocurre al prójimo y, la segunda, como una consecuencia de no tomarle el peso al impacto sobre los demás por lo que decimos, hacemos o pensamos. Sin embargo, en todos los casos, el abuso ocurre por actuar con abierta ausencia de Amor: no pensando en los demás antes que en el propio beneficio. Reconciliar, se refiere entonces al acontecimiento que actúa sobre los pensamientos y emociones ante el sentimiento de arrepentimiento que generan las consecuencias lamentables de no pocas relaciones humanas luego de un hecho ausente de Amor, despertando la necesidad de compartir, como una reacción natural ante aquello que hoy vemos como indudable causa de una ruptura. Sin embargo, la inteligencia se desarrolla en cada persona de forma individual a partir de la permanente interacción entre su mente y su alma; el pensamiento consciente se establece como la presencia intelectual que nos demanda establecer preferencias, creando una relación sobre un flujo de pensamientos determinados, los que traducidos como propuestas mentales prioritarias del instante, nos fuerzan a tomar decisiones o posturas acerca de su validez o legitimidad, predeterminando nuestra disposición emocional sobre el propio comportamiento y las acciones consecuentes. En el proceso inteligente la voluntad es la expresión del libre albedrío del pensamiento, según lo cual, ella es quien concluye cada proceso

del pensamiento donde han intervenido simultáneamente, las propuestas mentales y las de la conciencia del alma, en su eterna y estrecha relación de comunicación que constituye la base del proceso de nuestra inteligencia. Más información sobre el tema se encuentra en el libro *Los pilares de la felicidad*.

Lo anteriormente señalado me parece indispensable para permitir una comprensión mayor de la importancia que mantiene la reconciliación en las relaciones humanas, porque estas se establecen tanto con su medio -o sea externamente o entre seres-, como al mismo tiempo, en el propio interior de la persona -entre su mente y su conciencia del alma-. Ambos procesos ocurren paralela y separadamente, pero están íntimamente relacionados y se influyen, lo cual implica que entre ellos es posible que ocurran rupturas o desilusiones que nos encaminen a decisiones no siempre acertadas; como lo sería llevar una vida distante de otra persona -como en las relaciones sociales-, o de sí mismo, como ocurre cuando perdemos o si reducimos la autovaloración y no nos apreciamos por lo que somos o hacemos. En ambos escenarios, el interno de la persona como en el social o interpersonal, la reconciliación aparece como un recurso esencial para permitirnos restablecer lo que vemos perdido, dañado o afectado.

Vivir, finalmente, también puede describirse como la comprensión del poder que llevamos para actuar sobre lo que nos rodea, quienes están a nuestro alcance y ante el propio ser personal. Vivir es percibir lo que generan en la personalidad los permanentes cambios naturales que ocurren en el entorno, como el poder de prever sus efectos y consecuencias naturales o más probables, todas causadas por mis preferencias o las respuestas que determinan cómo me relaciono con lo que me afecta.

Y como hemos visto en abundantes escritos, las relaciones humanas podríamos resumirlas como al proceso en que nuestra voluntad elige la que cree su mejor opción entre utilizar su poder libremente, para servir o para servirse utilizando al prójimo, entre rechazar o despertar el Amor que dispone en abundancia ilimitada en su propio interior. En ese proceso, las consecuencias de nuestras preferencias acusan nuestro futuro, nuestro comportamiento, y establecen los sentimientos y emociones que cargaremos. Nos cuesta reconocer que el peso de lo que carga el alma, lo percibimos en nuestra propia conciencia; un hecho que afecta directamente nuestra habilidad de apreciar y encontrar la felicidad en la vida que llevamos. Nuestra liviandad y frecuente indiferencia hace muy difícil darnos cuenta anticipadamente de las consecuencias de muchos de los actos y decisiones

que aceptamos. Y es mas difícil prever el nivel del daño o de los beneficios que acarrear nuestras elecciones y preferencias, cuando en ellas rechazamos o integramos a nuestro Amor. No nos damos cuenta de que en este insignificante, humilde y silencioso proceso, estamos dando o quitando el sentido a lo que hacemos, olvidando que es mediante el cual destruimos o construimos, integramos o separamos, enfermamos o sanamos.

Y cuando luego de los hechos nos sentimos arrepentidos por lo que causamos, hay situaciones en las que reparar o compensar puede no ser ya posible, por diversas causas. Cuando el daño está hecho y quisiéramos repararlo con todo nuestro ser, es la incondicionalidad del Amor la que nuevamente nos ofrece la oportunidad de liderar cada paso en este proceso, que para avanzar nos exige: primero observar y reconocer lo causado, para luego expresar con total convicción nuestro arrepentimiento en la voluntad de reparar y cambiar, mostrando lo que sentimos al recordar los daños a quienes se vieron afectados, para invocar su perdón o misericordia. Este es un proceso naturalmente tan consciente como íntimo entre las personas, porque la reconciliación no es un acto, es la consecuencia del humilde perdón que nos ofrece el Amor de quien se reconoce como afectado, sin desconocer su humanidad la cual nos recuerda también haber obrado mal, en otras circunstancias, en el transcurso de su propia vida. La reconciliación, en este sentido, es restablecer una hermandad ; es reconocer que somos hermanos en las buenas y en las malas; es aceptar que no somos peores ni mejores que los demás; es reencontrar uno de los sentidos mas profundos de nuestra existencia común.

La maravilla de la reconciliación es que nos permite por medio del mismo proceso anterior, la posibilidad de conducirlo ante nuestro propio ser interior. Por ejemplo, cuando necesitamos perdonarnos por un hecho que ahora es causa de nuestro arrepentimiento. En sicología también se hace referencia a este proceso por medio de terapias en base a conducir al paciente para que pueda primero reconocer los alcances de su malestar y su origen, donde el darse cuenta es la plataforma y medio que le permitirá despertar o ver su propia realidad, de otra forma, como antes no podía verla. Hablamos de esfuerzos para intentar restablecer en el paciente un estado de conciencia mayor acerca de lo ocurrido, lo cual le permitirá abrirse a sus posibles salidas mas adecuadas. Hablamos de intentar que la persona se acepte y acepte lo ocurrido, para luego iniciar el lento pero más seguro camino de sanación, como el que siempre nos ofrece la compasión y el perdón. Sin ambos, podrá haber avances, pero jamás una verdadera reconciliación interior, como tampoco con quién hubiéramos afectado.

La reconciliación no es un conjunto de palabras, no es una intención, no es un sentimiento de reproche ante lo ocurrido, tampoco es un negocio donde se pueden obtener beneficios pasando cuentas a modo de buscar compensaciones. Sin gratuidad y sin verdad, nunca habrá reconciliación; un avance quizás, pero también, estaremos ante una simulación porque la parcialidad siempre será un engaño. La reconciliación es una expresión del Amor, como lo es la compasión y el perdón, por lo que sus condiciones para hacerse presente son las mismas que las del Amor verdadero: la reconciliación verdadera es un acto de generosidad.

El Amor es un recurso disponible en todo ser humano, y posiblemente el más valioso a su alcance, pero no es humano. Las expresiones de afectos son indudablemente maravillas humanas, pero las expresiones de Amor son maravillas divinas que están a nuestro alcance cotidiano. Si quieres comprenderlo, hay abundante literatura sobre el amor en los libros *Tu vida en un instante* y *Los pilares de la felicidad* (y en sus versiones digitales, accedes al buscador por palabra que permite instantáneamente que lo tengas todo) Si buscas, encontrarás.

La reconciliación es una muestra visible de la eterna oportunidad que representa el Amor; esta pacífica, breve y humilde palabra, nos señala hacia el infinito poder reparador del Amor.